

LIBRO VEINTE Y UNO.

Valor y actitud de la reina.—Ayuntamiento insurreccional constituido en la casa de la ciudad.—Arresto simulado de Petion.—Asesinato de Mandat.—Santerre es nombrado en su lugar para el mando general de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maille.—Röderer.—Crece el número de los sitiadores.—El rey pasa revista á sus tropas.—Doble espíritu de la guardia nacional.—Danton arenga á los marseleses.—Se vuelve á su casa para esperar los acontecimientos.

I.

Durante las largas horas de esta noche y las primeras del amanecer, la reina y madama Isabel pasaban alternativamente de la cámara del rey á la en que dormían sus hijos, y de allí á la sala del Consejo en donde estaban los ministros en sesion permanente. Atravesaban las salas ocupadas por una multitud de defensores suyos, ocultando sus lágrimas é inspirando por su serenidad aparente, por su sonrisa y sus palabras, la confianza que aun no habian perdido. La presencia de estas dos princesas, errantes por la noche por aquel palacio en medio de las armas, una reina y madre temblando á la vez por su

marido y por sus hijos; una hermana querida temiendo por la vida de su hermano, y ambas insensibles á sus propios peligros, era la mas elocuente llamada á la compasion, á la generosidad y al valor de los defensores del palacio.

María Antonieta, á quien los folletos de sus enemigos representaron en esta noche terrible como una furia coronada, que llevaba la exaltacion hasta el delirio y el abatimiento hasta las lágrimas, tan pronto declarando que se haria clavar en las paredes de su palacio como presentando pistolas al rey aconsejándole el suicidio, no tuvo estos arrebatos ni estas debilidades: tan digna y tan natural, tan distante de afectar heroismo como de manifestar abatimiento, cumplió con lo que su sexo, su rango, su calidad de esposa, de madre y de reina exigian que cumpliese en aquel momento por tantos y tan diversos titulos. Elevada al nivel de toda su ternura, de su grandeza y de sus catástrofes, su alma, su fisonomía, sus palabras y sus actos reflejaron fielmente toda la grandeza del sòlio en aquellas tremendas horas. Y aunque como muger, como madre, como esposa y como reina, se vió amenazada en todos sus sentimientos, temerosa, confiada ó desesperada, se consolaba ó desconsolaba segun las circunstancias; empero esperaba sin delirio y desconfiaba sin abatimiento. Las fuerzas y la ternura de su alma fueron iguales á los golpes del destino; no lloró de debilidad sino de amor, y se enterneció por sus hijos, ocultando sus angustias y su dolor por el respeto que se debía á sí misma, al trono, á la sangre de su madre Maria Teresa y al pueblo que la contemplaba. Despues de haber llorado en la cuna de su hijo, en la de su hija, en las rodillas del rey, en los brazos de su hermana y de su amiga, enjugó su llanto, haciendo desaparecer lo encendido de sus ojos, reapareciendo delante de la multitud seria, pero tranquila; enternecida, pero firme; con el corazon destrozado, sin duda, pero sabiendo dominarse.

Tal fué María Antonieta durante las veinte y cuatro horas que sucedieron á tantas crisis, y que no fueron capaces de agotar su valor. Muger como lo son todas, pero mas inspirada por la naturaleza que por la política, y mas á propósito para sufrir heroicamente que para dirigir las circunstancias estremas, estuvo á la altura de ellas en la accion mas que en el consejo.

II.

El rey habia hecho llamar á Røderer, procurador sùdico del departamento de Paris. Petion aun no habia llegado al palacio: por fin vino y dió cuenta al rey del estado de Paris, rehusando al mismo tiempo dar pólvora al comandante general, Mandat, que se quejó de no tener mas que tres tiros por hombre. So pretexto del escésivo calor que hacia en el gabinete del rey, Petion salió de él, llevando consigo á Røderer, bajando juntos al jardin. Allí se vió rodeado de algunos oficiales municipales de su confianza y de otros jóvenes de la guardia nacional, que cantaban y retozaban á su alrededor. Otro grupo de magistrados y de guardias nacionales se paseaba tranquilamente á la luz de la luna, por la azotea que está á orillas del rio, hablando y riendo como si hubiesen estado de fiesta. Desde la estremidad de la azotea oyeron tocar llamada en el palacio, al que volvieron inmediatamente: el cielo estaba puro, el aire en calma, oyéndose distintamente tocar á rebato en los arrabales. Petion, que afectaba una impassibilidad estóica y disimulaba el peligro, dijo á Røderer que subiese al cuarto del rey, quedándose él en la azotea, cerca de la escalera principal, temiendo por sus dias.

Aunque la noche no fuese oscura, el palacio proyectaba su sombra hasta muy lejos en el jardin, se habian

puesto luces sobre las piedras que cercaban la azotea: algunos granaderos de los Hijos de Santo Tomas, cuyo batallon estaba situado en ella y que aborrecian á Petion considerándole como el instigador secreto de la insurreccion, apagaron las luces y se apiñaron sobre el corregidor queriendo tener en él un rehen. No se le ocultó á éste la idea de aquellos hombres, sobre todo despues de haber oido algunas palabras y visto algunos ademanes siniestros. «Su cabeza responderá de los acontecimientos de la noche» dijo un granadero á sus camaradas. Ocultando sus temores bajo un aspecto tranquilo, Petion se sentó en el pretil de la azotea en medio de algunos oficiales municipales á corta distancia de los granaderos y afectando hablar tranquilamente parte de la noche con los que le rodeaban. En palacio y entre las filas de los defensores del trono se murmuraba en voz alta de que habiendo tenido la audacia de ir á desafiar á los realistas, era preciso retenerlo y esponerlo á los golpes que él preparaba á la monarquía. Un oficial municipal llamado Monchet, viendo la posicion embarazosa de Petion, y advertido por el signo de inteligencia del corregidor, se apresuró á ir á la Asamblea nacional y habló á muchos de sus miembros. «Si no mandais en seguida que el corregidor de Paris se presente en la barra, va á ser asesinado,» les dijo.

Luis XVI arrodillado delante de Dios, con el corazón mas dispuesto al perdon que á la venganza, no pensaba en un asesinato; pero la Asamblea fingió creer en un designio criminal de la córte y mandó comparecer al corregidor. Dos ugieres precedidos de guardias y de luces fueron á notificar el decreto salvador de Petion: al mismo instante el ministro de la Justicia le envió recado para que subiese al gabinete del rey. «Si subo, dijo para sí, no bajaré nunca;» fuése á la Asamblea y de allí á la casa de la ciudad, donde fué retenido por sus cómplices de Charenton no volviendo mas al palacio.

III.

Era ya mas de media noche: todas las ventanas de las Tullerías estaban abiertas, todos escuchaban atentamente las campanas, y cada uno señalaba sucesivamente el cuartel, la iglesia ó la torre, de donde salía la llamada de la revolución.

En la ciudad los paisanos salían á este ruido de sus casas y esperaban en los umbrales de las puertas para seguir el torrente que quisiera arrastrarlos. Las secciones convocadas insurreccionalmente desde las diez, habian deliberado casi en secreto y enviado cada una sus comisionados á la casa de la ciudad para reemplazar el ayuntamiento por otro insurreccional: el mandato unánime y concertado de estos comisionados era tomar todas las medidas que exigiese la salud de la patria y la conquista de la libertad: estos hombres, reunidos sin oposicion en la casa de la ciudad en número de ciento noventa y dos, se constituyeron dictatorialmente en municipalidad, conservando en su seno solo á Petion, Danton y Manuel, nombrando por su presidente interino á Huguenin, del arrabal de San Antonio y orador que fué de la petición del 20 de junio. Tallien, jóven patriota de veinte y cinco años y redactor de un periódico titulado, *El Amigo de los Ciudadanos*, fué elegido secretario del ayuntamiento. Esta municipalidad se convirtió desde las once de la noche en comité director de los movimientos del pueblo y en gobierno de la insurreccion. Petion, preso simuladamente para salvar en él el decoro de la ley, no tomó parte en los actos de aquella noche.

IV.

El comandante general, Mandat, hombre confiado y que respondia atrevidamente del rey al pueblo y del pue-

blo al rey, concluyó sus últimas disposiciones en fé de órdenes que Petion habia firmado como corregidor de París, enviando quinientos hombres con artilleria á la casa de la ciudad para guardar el paso del arco de San Juan, por el que debian salir la columna del arrabal de San Antonio, situando tambien un batallon con dos piezas en el Puente Nuevo para disputar su paso á los marseleses, rechazarlos en el arrabal de San German y echarlos hácia el Puente Real desde donde las baterías del pabellon de Flora los destruirian en cuanto apareciesen. A estas disposiciones buenas en sí mismas no les faltó sino tropas capaces de ejecutarlas; apenas Mandat habia dado estas órdenes, cuando una orden de la municipalidad lo llamó á la casa de ayuntamiento para dar cuenta del estado del palacio y de las medidas que hubiese tomado para mantener la tranquilidad en París.

Al recibir esta orden Mandat dudó entre sus presentimientos y su deber legal. Segun la ley, la municipalidad tenia á sus órdenes á la guardia nacional y podia residenciar á su comandante. Mandat por otro lado ignoraba que esta municipalidad, cambiada violentamente por las secciones, se hubiese convertido en comité de insurreccion; consultó con Røederer, que ignorando tambien el cambio ocurrido en la casa de la ciudad, le aconsejó que fuese. Mandat, como advertido por un presagio interior, buscaba pretextos, inventaba excusas, y trataba de dilatar su ida cuanto le fuese posible. En fin, se decidió, y su hijo, jóven de doce años se empeñó en acompañarlo. Mandat montó á caballo, y seguido de aquel niño y de un solo ayudante de campo, fué por los diques, á la casa de la ciudad. Al subir los escalones del vestibulo, su alma se turbó, el aspecto de aquellas caras austeras y desconocidas, y comprendió que tenia que responder á los conspiradores, de las medidas tomadas para impedir el buen éxito de la conspiracion. «¿De orden de quién, le dijo Huguenin, has doblado la guardia del palacio?»

—Por orden de Petion, respondió balbuceando el desgraciado Mandat.— Enseña esa orden.—La he dejado en las Tullerías.—¿Cuándo te se ha dado esa orden?—Hace tres días, yo la presentaré.—¿Por qué has hecho marchar la artillería?—Porque cuando un batallón marcha le siguen sus cañones.—¿La guardia nacional no ha detenido á la fuerza á Petion, en el palacio?—Eso es falso; los guardias nacionales han tenido deferencia y respeto al corregidor de París; yo mismo le he saludado cuando he salido.» Durante este interrogatorio se depositó en la mesa del consejo general una carta de Mandat al comandante del puesto de la casa de la ciudad. Al momento se pidió que fuese leída, porque su contenido era una orden del comandante del batallón para que dispersase á los insurrectos, atacándoles de flanco y por retaguardia. Esta carta fué la sentencia de muerte de Mandat, el consejo dispuso que se le condujese á la Abadía y el presidente hizo una señal con la mano, cuyo sentido se adivinó bien pronto. Un pistoletazo tendió en los escalones de la casa de la ciudad al infortunado comandante y las picas y los sables lo concluyeron. Su hijo, que le esperaba en el vestibulo, se precipita sobre el cadáver de su padre, disputándolo en vano á sus asesinos; el cuerpo de Mandat arrojado al Sena, hizo desaparecer la orden de Petion.

Se ha acusado del crimen á aquel en cuyo interés fué cometido; la historia severa en cuanto á la doblez de espíritu de Petion, no le acrimina de haber manchado nunca sus manos con sangre; sirvió á la revolución con sus debilidades y con su complicidad moral, pero nunca con el asesinato. La orden de hacer fuego al pueblo, si se hubiese encontrado; acusaba á la municipalidad entera; la muerte de Mandat destruyó el único testimonio que había. Esta muerte ejecutada por manos desconocidas no clamó contra nadie, y las aguas del Sena cubrieron la responsabilidad del ayuntamiento. El consejo nombró en seguida á San-

terre comandante general de la guardia nacional en lugar de Mandat: Petion, que entonces entraba en su casa de vuelta de la Asamblea, encontró á su puerta seiscientos hombres que envió allí Santerre para resguardarlo en su casa y para defender su vida contra las asechanzas de la corte.

V.

La noticia de la muerte de Mandat, llevada á las Tullerías por su ayudante de campo, causó gran consternación en el ánimo del rey y de la reina, y produjo mucha vacilación en la guardia nacional. Lachesnaye, comandante de batallón, tomó el mando, pero en la casa de la ciudad, ocupada por las secciones con una municipalidad revolucionaria y con un comandante general como Santerre, nada era la fuerza moral en sus manos. La suerte de Mandat le presagiaba la suya. Los dos puestos avanzados de la casa de la ciudad y del Puente Nuevo, habían sido forzados; el arrabal de San Antonio en número de quince mil hombres, desembocaba por el arco de San Juan; los marseleses y el arrabal de San Marcelo, en número de seis mil hombres, franquearon el Puente Nuevo. Una multitud inmensa de curiosos, engrosaba al parecer este ejército del pueblo, dándole la apariencia de mas de cien mil combatientes. Estos dos cuerpos se iban á reunir en el dique del Louvre para avanzar sin obstáculo hacia el Carrousel.

La gendarmería de á caballo formada en batalla en el patio del Louvre, viéndose sitiada en todos los portillos, no pudiendo cargar contra las paredes en el recinto estrecho en donde la habían encerrado, murmuraba de sus gefes y se dividió en dos destacamentos; el uno continuó ocupando inútilmente el patio del Louvre, y el otro fué á formarse en batalla en la plaza del Palacio Real.

Por el lado de los Campos Eliseos, de la plaza Vandome, y de la calle de San Honorato, ningun obstáculo contenía la afluencia del pueblo: masas inmensas bloqueaban el jardín.

El procurador del departamento, Rœderer, al saber la muerte de Mandat y la instalacion de un consejo insurreccional, escribió al consejo del departamento para que fuese al palacio para tomar providencias contra la nueva municipalidad ó á ratificar sus órdenes: el departamento sin mas imperio sobre el pueblo que la ley rota entre sus manos, envió comisionados al rey para concertarse con Rœderer. Estos eran los señores Leveillard y Fauconpret, Lefebvre de Ormesson, y Beaumes (de Aix). Rœderer y los miembros del departamento pasaron juntos á una pequeña pieza que daba al jardín al lado del cuarto del rey. Rœderer pidió á S. M. que firmase una orden dirigida al consejo del departamento autorizándole á abandonar el sitio habitual de sus sesiones. «Mis ministros no están aquí, respondió Luis XVI, yo daré la orden cuando vuelvan.»

Aun no se veía en los aposentos. Un momento despues se oyó rodar un coche en el patio. Se entreabrieron las persianas del gabinete del rey para conocer la causa de este ruido, y se vió que era el coche de Petion que se iba vacío, el día empezaba á aclarar.

Madama Isabel se aproximó á la ventana y miró al cielo que estaba rojo como la reverberacion de un incendio. «¡Hermana mia, dijo á la reina, venid á ver amanecer!» La reina se levantó, miró al cielo y suspiró: éste fué el último día en que vió el sol desde una ventana sin rejillas. Toda etiqueta habia desaparecido, confundiendo la agitacion todos los rangos: á cada noticia que se llevaban al rey ó á la reina, una porcion de criados, de amigos y de militares, se agrupaban fácilmente alrededor suyo, espresando sus impresiones ó diciendo su parecer: el rey se veía obligado á cambiar con frecuencia de sitio, y á

ir á buscar algunos papeles á su aposento para responder al ministro que pretendía hablarle á solas.

Hacia las tres se retiró de nuevo á su cuarto, dejando á la reina, á madama Isabel, á los ministros y á Rœderer en la sala del Consejo, agobiado de fatiga y de las emociones del día anterior, y de la noche, y tranquilo por las noticias que acababa de recibir, creyendo que iba á encontrar en algunos momentos de sueño, las fuerzas que necesitaria para aquel día. La reina y madama Isabel estaban acompañadas de la princesa de Lamballe, de la de Tarento, de las señoras de la Roche-Aymon y de Ginestous, de la de Turzel, aya de los príncipes, de Mahan, de Bouzy, y de Villefort, segundas ayas; señoras todas de la corte, á quienes los peligros y los contratiempos de sus señores, elevaron de repente en aquella noche hasta olvidarse de sí mismas con el heroísmo natural en las mugeres. La duquesa de Maille, dama de palacio que no estuvo en él el día anterior, y á quien sus opiniones populares habian hecho sospechosa á la corte desde los primeros días de la revolucion, al saber por la noche el próximo ataque de palacio y los peligros de la familia real, salió á pie de su casa y fué sola sin ocultar su nombre ni su adhesion á la reina, por medio de las oleadas del pueblo que obstruía las avenidas de las Tullerías para ir al lado de su señora.

El pueblo a notado la impedia el paso como si fuese una insensata. «Dejadme entrar, esclamaba, adonde la amistad y el deber me llaman. ¿Las mugeres no tienen tambien su honor? ¿Este es su corazon! ¿el mio es de la reina! ¿Vuestro patriotismo es aborrecerla, el mio es morir á sus pies!»

VI.

Las mugeres del pueblo, admiradas de esta demencia de fidelidad que arrostraba la muerte, hicieron volverse á la duquesa sin insultarla, y la llevaron á la fuerza á su

palacio. La reina, madama Isabel, todas aquellas señoras, todos los magistrados, y todos los militares que allí estaban donde bien les parecia, se sentaban en las banquetas ó en los taburetes de la sala del Consejo. Røederer mostró en toda esta noche como en el 20 de junio el carácter de un gran ciudadano: aunque adicto al partido de la Constitución inspiraba no obstante confianza á la familia real. Su actitud fué la de la ley; intrépido como magistrado, triste como ciudadano, respetuoso como hombre, su enternecimiento por las angustias que se padecian en el palacio no se ocultaron ni á la reina, ni á su hermana ni al rey: madama Isabel se aproximó á él con frecuencia para preguntarle con su melancólica jovialidad. La reina veía en él un consejero austero pero leal, y el rey su último amigo.

Hacia las cuatro, el rey salió de su alcoba, y apareció en la sala del Consejo: se veía por lo ajado de su vestido y el desórden de su peinado, que se habia recostado un momento; tenia los cabellos empolvados y rizados por un lado, y aplastado y sin polvos por el otro; la palidez de su rostro, lo cargado de sus ojos y los músculos de su boca comprimidos y trémulos, atestiguaban que habia llorado en secreto, pero la misma serenidad acostumbrada aparecía en su frente, y la misma sonrisa de bondad en su boca: no estaba en el poder humano imprimir el resentimiento en el alma ó en las facciones de este príncipe. Sus amigos amaron, y sus enemigos despreciaron en él solo su bondad; este fué su defecto y su virtud. La reina y madama Isabel, se arrojaron en sus brazos, y llevándolo al hueco de una ventana, hablaron con él algunos minutos en voz baja manifestando en sus ademanes la mas tierna familiaridad, cada una de las princesas tenia entre sus manos una del rey. El las miraba sucesivamente con tristeza, y parecia pedirles perdon de los tormentos que sufrían por su causa: todos los circunstátes se alejaron de allí con respeto.

La familia real, pasó en seguida al lado del edificio que daba á los patios para conocer sin duda el número y la actitud de las tropas campadas á la inmediación del palacio. Un poco despues, la reina hizo llamar á Røederer, el que encontró á la reina en el aposento de Thierry ayuda de cámara del rey: este cuarto daba al pequeño taller de cerrajería de Luis XVI. Maria Antonieta estaba sola sentada cerca de una chimenea vuelta de espaldas hacia la ventana. Mr. Dubouchage, ministro de Marina, entró y se quedó en un rincón como un hombre que vigila y aguarda. La reina, visiblemente inquieta, por lo que habia visto en los patios, por el escaso número de sus defensores, y por lo que la habian contado de lo que iban aumentando los sitiadores, volvió á caer desde la exaltacion de sus primeras esperanzas á la postracion del abatimiento. Este era uno de aquellos momentos en que la realidad que no se quiere ver aparecer por primera vez confusamente, y contra la cual se subleva uno á pesar de conocerla.

Maria Antonieta preguntó á Røederer, qué era lo que debía hacer en unas circunstancias tales como las que ella atravesaba desde el amanecer. Røederer no quiso ocultarle el grave daño que podia sobrevenirle, y prefirió hablarla, antes que adularla, en unos momentos tan críticos. Sugirióle además la idea de colocar al rey bajo la salvaguardia de la nacion, con lo cual lograria salvar su existencia, siendo el medio para conseguirlo el presentarse con toda su familia en medio de la representación nacional con lo cual, la haria tan sagrada é inviolable como la misma Constitución. «Si el rey ha de morir, señora, es preciso que perezca la Constitución tambien del mismo golpe que hiera al monarca. Pero el pueblo se detendrá ante su propia imagen personificada en la asamblea de sus representantes. La misma asamblea no podrá menos de defender á un rey que confundirá su existencia con la de aquella corporacion. La insurreccion, que solo seria

criminal ante la morada del rey, sería parricida si le atacase en el santuario de la nación.» Tales fueron los consejos de Røederer; Maria Antonieta se ruborizaba al escucharle, y se notaba que su altivez de reina luchaba interiormente en su alma, con su ternura de esposa y de madre. Mr. Dubouchage, caballero leal y marino intrépido, acudió á sacar á la reina de aquella perplejidad. «¡Segun eso, caballero, dijo á Røederer, lo que nos proponeis es que se conduzca al rey á manos de sus enemigos!—La Asamblea es menos enemigo suyo de lo que pensais, replicó el procurador del departamento, puesto que en la última votacion monárquica, cuatrocientos de sus miembros votaron por el rey, y doscientos solamente por La Fayette. Por lo demás, entre los peligros siempre escojo yo el menor, y por eso propongo el único partido posible que ha dejado el destino para salvar al rey.»

VII.

La reina con un acento resuelto, como si hubiese querido tranquilizarse oyendo el sonido de su propia voz: «¡Caballero, le dijo, aqui hay fuerzas y es ya tiempo de saber quién ganará entre el rey y las facciones!» Røederer propuso entonces que se oyese al comandante general que habia reemplazado al infortunado Mandat, llamado Lachesnaye. Al momento se le envió á buscar y compareció en seguida. Preguntósele si el estado de las disposiciones estereiores de defensa, era suficiente para que la córte se tranquilizase, y si habia dado las órdenes convenientes para detener las columnas que marchaban contra el régio alcázar. Lachesnaye respondió afirmativamente, añadiendo que el Carrousel estaba bien guardado: despues dirigiéndose á la reina con cierta especie de mal humor y como en tono de reconvenccion, la dijo: «Señora, yo no

debo ocultaros que las habitaciones del rey están llenas de gentes desconocidas que tratan de engañarle, y cuya presencia ofusca y agria á la guardia nacional.—La guardia nacional no tiene razon, contestó la reina. Esos hombres que decis son de toda confianza.» La actitud y el lenguaje de Maria Antonieta convencieron á Røederer de que el palacio estaba decidido á aceptar la batalla, y que lo que se queria era obtener un triunfo para imponer á la Asamblea. Sin embargo, no pudo menos de insinuar que convendria que el rey enviase un escrito al cuerpo legislativo, pidiéndole su auxilio. Mr. Dubouchage se opuso tambien á esto. «¡Si esta idea no es buena, dijo Røederer, al menos que vayan dos ministros á la Asamblea y la pidan que envíe algunos miembros de su seno á palacio.»

Adoptóse por fin este último medio, y Mrs. de Joli y Champion salieron inmediatamente con direccion á aquel punto.

La Asamblea estaba deliberando con la mayor tranquilidad sobre el asunto de los negros, cuando los dos ministros se presentaron. Mr. de Joli, ministro de la Justicia, pintó lo peligroso de la situacion, y la urgencia de tomar medidas prontas y eficaces, declarando al mismo tiempo que el rey deseaba que una diputacion de la representación nacional fuese á asociarse á él para preservar la Constitucion de nuevos ataques, y para proveer con su presencia á la seguridad de la familia real. La Asamblea casi sin oírle pasó con desden á la órden del dia. Era poco numerosa y estaba distraida y como atargada, cual lo está todo cuerpo político que aguarda una gran ruina, y que no quiere tomar parte en el acontecimiento.

Mrs. de Joli y Champion salieron muy desanimados de la Asamblea. Rœderer y los ministros se habian quedado conferenciando en una piececita contigua á la habitacion del rey. Al poco tiempo llegaron allí los miembros del departamento que noticiaron á los ministros la formacion de la nueva municipalidad. Esta acababa de mandar que se distribuyesen cartuchos á los marseleses y segun todas las probabilidades, este batallon y el de los Franciscanos, debian haber emprendido ya la marcha. Destronada la ley por todas partes no la quedaba otro asilo que las Tullerías. Volvióse á insistir entonces en que el rey fuese á pedir proteccion á la Asamblea. «No, dijo Mr de Dubouchage que acababa de oír desde las ventanas los ultrages proferidos contra el rey por el batallon de las picas, no hay seguridad para el rey sino aqui; es preciso que triunfe ó que perezca.»

Los miembros del departamento y Rœderer á su frente, determinaron dirigirse personalmente al cuerpo legislativo, hacerle conocer la situacion, enterarle de los consejos que habian dado al rey, y finalmente, escitar á la Asamblea á que adoptase una resolucion que lo salvase todo. Estos miembros del departamento se encontraron cerca ya de la Asamblea con los dos ministros que sabian de allí. «¿Qué vais á hacer? les dijo el ministro de la Justicia, nosotros acabamos de suplicar á la Asamblea que llame al rey á su seno, y apenas nos ha escuchado; por otro lado el número de diputados que han asistido á la sesion es tan corto que apenas llegarán á sesenta; no son, como veis, los suficientes para dar un decreto.» Desanimados los miembros del departamento al oír esto, se volvieron á palacio en compania de los ministros. Los artilleros que estaban sirviendo las piezas colocadas al

pie de la escalera principal, les detuvieron. «Señores, les dijeron con una ansiedad que se revelaba bien á las claras en sus rostros, ¿nos veremos obligados á hacer fuego á nuestros hermanos?—Vosotros no estais ahí, les respondió Rœderer, sino para guardar la casa del rey é impedir que se fuerce la entrada de ella. ¡Los que llegasen á haceros fuego, no serian ya vuestros hermanos!»

Estas palabras parece que tranquilizaron algun tanto á los artilleros que suplicaron á Rœderer y á sus colegas que fuesen á repetir las en los patios en donde los guardias nacionales eran presa de escrúpulos semejantes á los de los artilleros. Rœderer y sus colegas atravesaron entonces el vestibulo y entraron en el Patio Real. Este presentaba un aspecto formidable de defensa. A la derecha estaba formado en batalla uno de los batallones de granaderos de la guardia nacional que se estendia desde las ventanas de palacio hasta la pared del Carrousel. A la izquierda y dando frente á este batallon civico habia otro de suizos. Los fuegos cruzados de estos dos batallones hubieran hecho polvo las columnas del pueblo que hubiesen penetrado en el patio por el Carrousel. Entre estos dos batallones, habia cinco piezas de artillería apuntadas contra el Carrousel, y puestas en bateria delante de la puerta principal de las Tullerías que hubiesen abrasado á los sitiadores por aquella parte, al mismo tiempo que las otras cinco que estaban colocadas á la puerta del jardin los hubiesen hecho trizas por uno de los flancos. Semejantes disposiciones, hacian aparecer los patios inexpugnables. La diputacion departamental, se fué en derechura del batallon de la guardia nacional. Rœderer colocándose en el centro de él le arengó en terminos precisos, firmes y moderados, cual conviene á un órgano impasible de la ley. Nada de ataques, les dijo, un continente firme, y mantenerse tambien con firmeza á la defensiva.»

se á la Asamblea y bloquear al Cuerpo legislativo hasta que decretase la caducidad del rey, y añadió, que el pueblo tenia doce piezas en el Carrousel. «Nosotros pedimos, prosiguió, que se nos permita pasar por el palacio y por el jardín para ir á hacer presente el voto del pueblo á la Asamblea, nosotros no queremos hacer ningun mal. ¿Ya veis que todos somos ciudadanos como vosotros! ¡No pensamos atentar contra la libertad de la Asamblea, al contrario, queremos volverla su libertad, sofocada bajo las conspiraciones de la corte!» Despues de un diálogo febril entre aquel jóven y los magistrados, los repetidos golpes que meneaban la puerta con violencia, y el rugido de la multitud, á cada instante en aumento, hicieron que el departamento se retirase de allí á aguardar la hora fatal ó propia del desenlace.

X.

Previendo la reina que este desenlace se efectuaría al amanecer y que seria sangriento, no queriendo por otra parte que el asalto del palacio y el acero de los marseleses sorprendiera á sus hijos en la cama, les hizo despertar, vestir y conducir á su lado á las cinco de la mañana. El rey y la reina los besaron con mas ternura que de ordinario, así como se estrecha con mas fuerza aquello que uno cree que va á escapársele. El delphin estaba alegre y jugueton, como era propio de su edad. Aquella hora de levantarse á que él no estaba acostumbrado y aquel aparato militar en los cuartos, en el jardín y en los patios, le divertia: ¡infeliz, que no sabia en su inocencia que tras del brillo de aquellas armas estaba oculta la muerte! Su hermana, un poco mayor que él, y por consiguiente mas reflexiva, comprendia lo cruel de su destino por las miradas de su madre y por las plegarias

IX.

Los guardias nacionales no manifestaron ni entusiasmo ni vacilacion. El procurador sindico se fué al medio del patio para dirigir la misma alocucion á los artilleros. Estos se alejaron con afectacion hasta una distancia fuera del alcance de la voz de aquel magistrado para no oir una intimacion que estaban resueltos á desobedecer. Uno de ellos, sin embargo, hombre de un exterior marcial y de una fisonomía resuelta, acercándose al sindico, le dijo: «¿Estareis tambien ahí si nos hacen fuego?—Aquí estaré, contestó Rœderer, y no detrás de las piezas; sino delante, á fin de que si alguien debe perecer en este dia, seamos nosotros los primeros que perezcamos en defensa de las leyes.—Estaremos todos,» dijeron á una voz los demas miembros del departamento. Al oir esto el artillero, con una accion mas espresiva que todas las palabras, descargó la pieza, echó la carga en el suelo y apagó la mecha poniéndola el pie encima. La ley quedó con esto desarmada ante el pueblo. Este aplaudió al artillero desde lo alto de las tapias del Carrousel.

Mientras el departamento fracasaba en sus negociaciones con los artilleros, unos oficiales municipales entregaban á los suizos la orden de rechazar la fuerza con la fuerza. A los pocos pasos, unos emisarios marseleses que habian penetrado en los patios, arengaban á aquellos soldados estrangeros para comprometerlos á que no hiciesen fuego á los patriotas, que querian ser libres y republicanos como ellos. De repente se oyó llamar muy de prisa y muy fuerte en la Puerta Real. Rœderer acudió inmediatamente á aquel punto y mandó abrir un postigo. Entonces entró un jóven delgado y pálido, que era oficial de los artilleros de la insurreccion. Este hombre, que era uno de los exaltados, dijo que su gente queria trasladar-

de su tía. La presencia de estos dos hermosos niños, colocados entre aquellas dos hermosas princesas, conmovió á los guardias nacionales que estaban de centinela en el cuarto, é hizo llorar de entusiasmo y de ternura á los voluntarios que estaban acampados en la galería de los *Carraños*. El mariscal de Mouchy y los ministros instaron fuertemente al rey para que fortificase con su presencia aquellas buenas disposiciones, pasando revista á todas las fuerzas á quienes la adhesión á su persona ó la obediencia á la ley reunían alrededor de palacio. Aunque las tropas fuesen en corto número y su resolución no fuese mucha, ¡cuántas veces el aspecto de un príncipe que ha hecho un llamamiento á sus defensores, al verse muy apurado, ha sido suficiente para cambiar enteramente su suerte!

Pero para derramar esta electricidad moral en las masas, es preciso que el foco de ella esté dentro de uno mismo. Luis XVI no tenía en su palabra ni en su alma nada que pudiese electrizar á la multitud. Esta buscaba en él un rey, pero no hallaba sino un padre de familia. En él el exterior mismo del hombre quitaba todo el prestigio al rey. Si aquellos batallones indecisos hubiesen visto salir de palacio al rayar el día, un príncipe joven y fogoso, colocado á la cabeza de sus defensores en un brioso corcel, y dispuesto á jugar su vida contra aquella fortuna que favorece á la juventud; si se les hubiese ofrecido un anciano de erguida frente y encanecidos cabellos, que hubiese hecho un llamamiento á la compasión de su pueblo, último recurso en reveses de esta naturaleza; si algunas palabras lanzadas desde su corazón á los de sus soldados hubiesen circulado de fila en fila é impreso una de esas corrientes de emoción marcial que arrastran tan fácilmente á los hombres cuando hay muchos reunidos; si una bandera, una acción ó una espada desenvainada á tiempo hubiese fascinado los ojos y hecho doblar aquel bosque de bayonetas bajo el mas ligero

estremecimiento de entusiasmo, no hay duda en que se hubiera peleado, se hubiera vencido, y la Constitución afianzada por una victoria se hubiese sostenido algunos meses mas.

Pero Luis XVI no tenía en su persona ni la gracia ni la juventud que seduce, ni la magestad de la ancianidad que entenece á los hombres. Nada marcial revelaba en él su gofe al soldado, su padre al pueblo. En vez de vestir un uniforme y de montar á caballo, estaba á pie con un traje morado, color de luto en los reyes, sin botas, sin espuelas, con medias blancas de seda, con el sombrero debajo del brazo, con el cabello rizado y empolvado desde el día anterior, sin que hubiese habido una mano diligente y amiga que hubiese arreglado en aquel peinado el desorden consiguiente á los sueños de un momento y á las agitaciones de aquella noche. Su mirada tímida, no por el miedo, sino por hábito, era indecisa y vaga; en su boca se veía la sonrisa graciosa, pero oficial de todas las horas de su vida de príncipe; finalmente, sus pasos eran pesados y vacilantes, y su postura cuando se paraba era estar inclinado, ya hacia uno, ya hacia el otro lado con la rodilla doblada y sosteniéndose sobre un solo pie como en las frias recepciones de la corte. Su persona carecía enteramente de acento; esperaba todo de él, y nada inspiraba. Preciso era reflexionar para enternecerse al verlo, y en esta revista no le acompañaba otro prestigio que el del abatimiento en que se le veía.

XI.

Sin embargo, solo la presencia de aquel rey arrancado al sueño por la insurrección, así como la de la reina y su cuñada vestidas de luto y las de aquellos niños á quienes las princesas llevaban de la mano, yendo á

solicitar con ellos por aquellos salones y patios el socorro de sus fieles amigos, á escitar la compasion de sus enemigos y á recordar el honor al soldado, eran por sí solas mas elocuentes que todos los discursos y las arengas mas sublimes. El rey decia medio entredientes algunas frases que apenas se entendian, y siempre las mismas: «¡Y bien, señores!... dicen que vienen á palacio... yo no sé lo que quieren... veremos... mi causa es la de la Constitucion y la de todos los buenos ciudadanos... Haremos nuestro deber, ¿no es así?...» Tal fué el estribillo que repetia sin cesar el rey en medio de un peligro tan inminente.

Estas palabras dichas y repetidas cien veces de trecho en trecho, no eran interrumpidas sino por alguna que otra exclamacion harto rara, y por el ruido de los fusiles al presentar las tropas las armas al pasar el rey por delante de ellas. Esto era lo suficiente para que se guardase moderacion y aun cierto respeto en aquellos sitios, pero no bastaba á la gravedad del momento. La reina, que seguia á su marido sin apartarse de él un instante, daba algun realce á aquellas palabras por su noble actitud, por el meneo altivo y gracioso á la vez de su cabeza y por la expresion de sus miradas. Ella hubiese querido poder inspirar su alma al rey, y sufría mucho por no serla dado revelar, sino con su actitud, con el carmin de su rostro y con su muda emocion, los sentimientos que su sexo la obligaba á tener ocultos en su seno. Notábase que lloraba interiormente, pero veíase tambien que el valor y la dignidad de que estaba dotada secaban sus lágrimas en cuanto querian saltar. Su respiracion era ahogada, y se veia palpar su seno. Sus facciones fatigadas y pálidas por el insomnio, estaban, sin embargo, sujetas á su voluntad y avivadas por la intrepidez de su alma; sus ojos parecian un relámpago continuado, dirigiéndose á todos cuantos la miraban; aquella fijeza vaga de su vista, si es permitido espresarse así, aquella mira-

da que imploraba, removía y desafiaba á la vez, según eran amigos ú hostiles los rostros á quienes se dirigía; la ansiedad con que buscaba en las fisonomías la impresion que habían hecho en los corazones las palabras del rey; su labio superior algun tanto remangado y trémulo, las ventanillas de su nariz mas abiertas aun que de ordinario por la emocion viva que sufría, la postura de su cabeza mas erguida cuanto mayor era el peligro, su paso triste y lento, sus brazos caidos, sus ademanes altivos, las señas aun recientes de aquella belleza que empezaban á marchitar los años y las desgracias, el recuerdo de las adoraciones que había recibido en aquellos mismos salones, en donde imploraba en vano el auxilio de algun brazo protector, aquellos rayos solares que penetrando en los aposentos ondulaban sobre su frente, tan vacilantes, cual la diadema que pocos momentos antes ceñía aun sus sienas, aquellas armas tan distintas, aquellas turbas, aquellas aclamaciones y aquel silencio triste, por medio del cual atravesaba con el abatimiento en el alma y el orgullo en el semblante: todo esto imprimía en su persona cierta magestad de valor, de dignidad y de tristeza, que igualaba á los ojos de los espectadores, á la solemnidad de la escena y á la grandeza del acontecimiento. Maria Antonieta era entonces la *Niobe* de la monarquía, era la estatua del trono, que aunque derribada de su pedestal, no se había manchado ni quedaba degradada con su caída. Jamás apareció ni fué tan reina como en aquel dia de funesto recuerdo!

XII.

¡Si, fué reina á pesar de su pueblo y á despecho de la suerte! Su aspecto enterneció en lo interior de palacio á los guardias nacionales mas indecisos, y les obligó á